

Como trabajo de madurez, se aprecia en él la superación de alguno de los tópicos que en tiempos anteriores defendiera a machamartillo, como aquel de carácter legendario de que fueron los vikingos quienes enseñaron a construir barcos a los vascos. Sin investigación documental propia, pero si gracias a la reflexión sobre lecturas contrastadas, cuestiona tal afirmación y acepta que ya antes se hacían en estos litorales buenos barcos de altura.

Dentro del tono general de su obra, empeñado como siempre estuvo en acusar cualquier diferencia perceptible en el hecho naval de las costas vascongadas de lo ocurrido en el resto del Cantábrico, a fin de potenciar la imagen de su singularidad en el contexto europeo, cabe no obstante destacar, en éstos últimos escritos de su vida, el que la honestidad intelectual le llevara a aceptar y referenciar como comunes alguno de los múltiples aspectos que la actividad marítima vasca compartió, en aquel brillante y duro pasado, con sus vecinos de geografía.

En el sitio de Arna, Santander

JOSÉ LUIS CASADO SOTO

Director fundador del Museo Marítimo del Cantábrico

HERNÁNDEZ, ABEL: *«El caballo de cartón»*. Gadir, 2009. Madrid.

El libro, se dice en la presentación, encierra una visión histórica, poética, testimonial y humana del declive de Castilla, y, añadiríamos, nostálgica, en la línea de las obras de Miguel Delibes, ambientadas en el medio rural castellano.

Se pueden apreciar dos etapas históricas: la de la niñez del protagonista, seguida de la posterior emigración de las gentes del pueblo de la montaña soriana donde se desarrollan los sucesos tan poéticamente relatados.

La primera se apoya en el diario que el protagonista encuentra, entre las ruinas de su casa, al volver «viejo y cansado» al pueblo de su niñez.

Este comentarista, de la misma generación que el protagonista de la obra y, también, niño de la postguerra española en un área rural de montaña, no puede evitar sentirse identificado con él.

La lectura del diario va recordando al protagonista las vivencias de su infancia, sus correrías por el campo, los amigos, la escuela y las actitudes y

dichos de los mayores que se conservan vivos en la memoria del hombre, incluso sin el apoyo de un diario.

Destaca, en primer lugar, el tesón de unos padres heroicos –la madre viuda en este caso– empeñados en que su hijo estudiara para abandonar una vida rural carente de horizontes. No tenían medios; pero contaban con la generosidad de un benemérito maestro rural que, también al comentarista, le dio gratuitamente las lecciones preparatorias para ingresar en el bachillerato. El protagonista no tuvo otro camino que el Seminario para salir de la miseria y subir en la escala social. Otros contamos con la relativa proximidad de un colegio de religiosos para cursar todo el bachillerato, de siete años entonces, sin cobrar una peseta que, por otra parte, no se hubiese podido pagar.

Continúa el autor de este apasionante libro relatando la historia del niño, de la generación de la escasez como se la ha llamado con justeza, tan próxima en el tiempo y tan distante de la actual sociedad opulenta, en palabras de Galbraith.

En un pueblo de las Tierras Altas de Soria, sin luz eléctrica, el candil de aceite era la única fuente de luz que permitía estudiar y escuchar, en las largas noches de invierno, los relatos de los mayores. Los recuerdos de la mili y de la guerra de África, reflejaban los únicos contactos con el mundo exterior de aquellos hombres que narraban recuerdos tristes, a veces trágicos, siempre cuidadosos de que los niños no se enterasen de todo lo que guardaban «los ojos tristes y apagados» de los narradores.

El paso de un automóvil era objeto de infantil admiración y una breve excursión a una comarca vecina, a bordo de un autobús destartado, constituía toda una extraordinaria experiencia.

La persecución del estraperlo fue otro de los rasgos característicos de aquellos años de penuria. Y así los trujaleros, después de trabajar en la vecina almazara, regresaban de noche al pueblo, con infinitas precauciones, para que su modesta carga de aceite, que les aseguraba el consumo doméstico, no les fuera decomisada por la Guardia Civil.

Y aquí el comentarista recuerda, también, a sus mayores que atravesaban la cordillera cantábrica para conseguir una saca de harina en las tierras cereales del sur. Era la única forma de variar un poco la dieta de pan de borona; pero al regresar con el borrico cargado, por sendas inverosímiles, corrían el mismo riesgo de decomiso que los trujaleros sorianos.

El ciclo de las estaciones marcaba la vida del pueblo y el viejo reloj de péndulo las monótonas horas de la familia del protagonista que a su regreso al

cabo de los años, observa con tristeza su casa medio derruida, carcomidas las vigas del techado y sucumbiendo víctima del abandono; como también la iglesia con sus campanas que, como el viejo reloj, marcaban la vida del pueblo.

Con estas últimas vivencias del protagonista hemos entrado en la segunda parte de la historia. En ella se dibuja el deprimente cuadro de un pueblo sin gente, es decir, sin vida. Sólo se percibe el «rumor de los muertos». Y la fotografía hallada en el baúl, junto al diario y al caballo de cartón, revive la trayectoria de todos sus contemporáneos de la lejana infancia. Todos emigraron, fueron acogidos en tierra extraña y forman «la legión de los verdaderos héroes de nuestro tiempo».

Le costaba comprender al protagonista la preferencia de aquellos labradores por el trabajo asalariado y un piso en la ciudad, después de dejar su arrastrada vida y cerrar la puerta de su casa del pueblo. Lo mismo les ocurre a los más de mil pueblos de montaña abandonados y, en algunos casos, vendidos en bloque. Quizás sea ésta la fórmula que inspira al protagonista del libro un cierto sentimiento optimista que, en uno de sus capítulos, cree percibir una señal de que la resurrección de estos pueblos puede ser posible.

«La despoblación fue una respuesta de los habitantes de la montaña ante las insuficiencias de su vida rural y las crecientes oportunidades urbanas», afirma el profesor Collantes, que resume con una frase lapidaria: «para que la montaña española se despoblase sólo hacía falta desarrollo económico».

En fin, espero que el lector disculpe a este comentarista la introducción de elementos autobiográficos, porque también tuvo que iniciar sus estudios a la luz de un candil de aceite y disfrutó cuando los Reyes Magos le trajeron un Caballo de cartón.

MANUEL MARTÍN GARCÍA